

EXCURSIONES

San Juan de la Peña

Por Enrique Celma Alcaine



VISTA DEL MONASTERIO BAJO DE SAN JUAN DE LA PEÑA.

(Escenografía de Salvador Martínez).



El Santo Cáliz de la Cena Apostólica, existente en la Catedral de Valencia. La copa es de ágata o cornerina oriental, color rojo oscuro. vara y asas de oro; el pie, oval, guarnecido de oro y adornado con veintiséis perlas, dos rubies y dos esmeraldas.

ENRIQUE CELMA ALCÁINE

SAN JUAN DE LA PEÑA

Fotografías de Eduardo Cativiela, Iñiguez
Almech, Escudero, Mora, Las Heras, Ro-
dríguez Aramendía, Mermañal y Crusellas.

Dibujos de Angel Lalinde.
Fotograbados «Luz y Arte».

ZARAGOZA
1948



SAN JUAN DE LA PEÑA.—Vista general del Monasterio antiguo desde el Mirador de San Voto.

P Ó R T I C O

TODA biblioteca de orden turístico destinada al conocimiento y loa de la región aragonesa, no puede omitir entre sus primeros títulos, el descriptivo de un viaje reverencial a un paraje y a un monumento de gran significación patriótica y de inmarcesible valor para Aragón: San Juan de la Peña.

Complementado con frases adjetivales de concepción gloriosa, llega a nuestros días como el «Covadonga aragonés», «Escorial de Aragón», «relicario de la Reconquista», «cuna de la monarquía aragonesa», pero llega también desconocido de la generalidad, olvidado de los doctos y preterido de los influyentes.

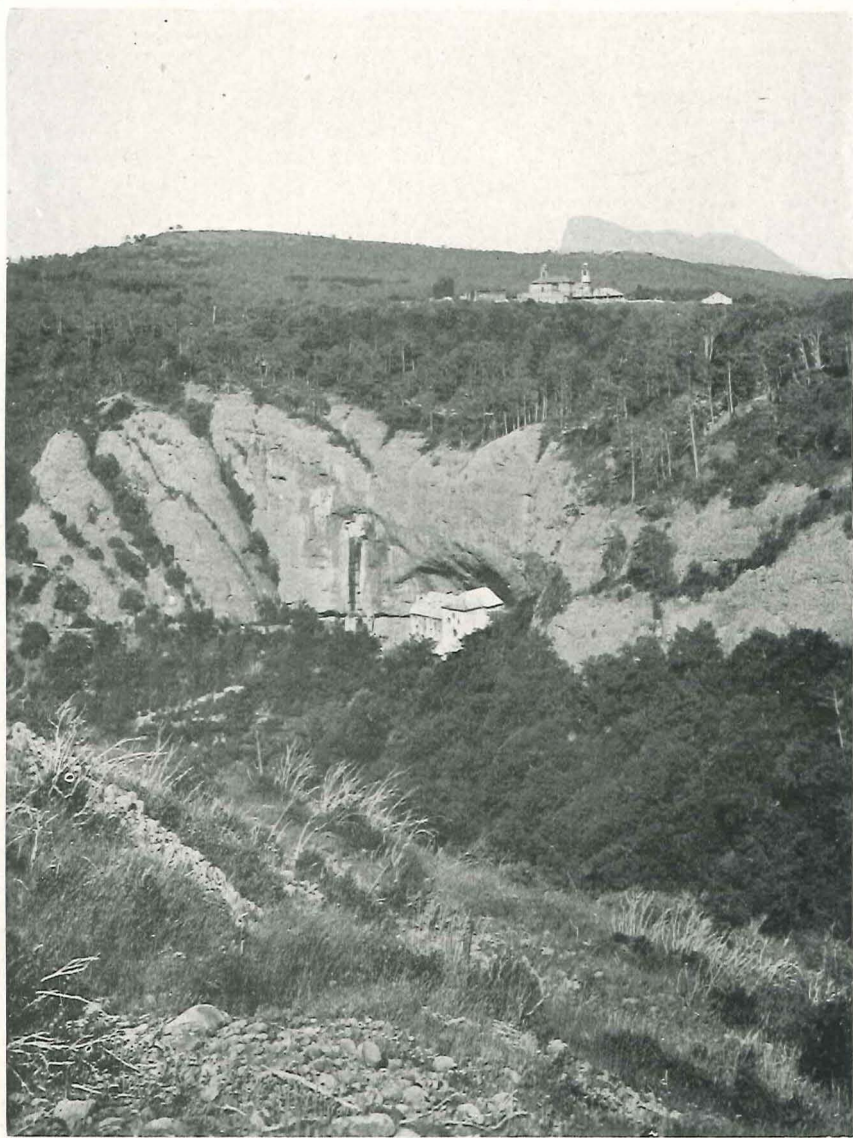
¿Por qué? Las causas son amplias y profundas. Enjuiciarlas y discernirlas nos llevarían lejos. Y eso que San Juan de la Peña ha tenido cronistas admirables. Díganlo el cuerpo de documentos que constituyen la *Crónica de San Juan de la Peña*, que sirvieron a Zurita para incorporar grandes capítulos en la Historia General de España, y los diplomas, cronicones, actas y relatos que produjeron, interpretaron, tradujeron o adaptaron los Blancas, Briz Martínez, P. Ramón de Huesca, Masdén, Magallón, Latassa, Uztarroz y otros, y los estudios, monografías, disertaciones y apologías de Quadrado, Víctor Balaguer, Ibarra, Ricardo del Arco, La Sala, Ximénez de Embum, Serrano y Sanz, Mariano de Cavia, Sangorrín, M. Vicente, Oliván Baile, etc., etc.

Pero el famoso paraje y las fundaciones que guarda, continúan tristes y solos en lo más recóndito de aquella sierra, aunque espezanzados con la certidumbre de que merecen el cariño de aragoneses esclarecidos, cuya labor va cristalizando en realizaciones plenas de sentido práctico y atentas, exclusivamente, a retornar a tan maravilloso recinto la alegría de permanecer aunando el bello ropaje de la naturaleza con las sagradas ornamentaciones del culto al Señor.

De ahí que entendamos preciso cooperar a esa misión «pro San Juan de la Peña» y popularizar su conocimiento; que conocerlo será amarlo y, por amarlo, contribuiremos a su mejor conservación y a su mayor decoro.

De ahí, también, la razón de este librito que, con frase sencilla y amena, sin erudiciones fatigosas para el lector que desea «ver y saber» pero no «investigar», con lenguaje rico en datos que completan fotos bellísimas aportadas por firmas magistrales, viene a relatar una excursión a San Juan de la Peña, ofreciendo las orientaciones necesarias para hacer provechosa y grata la jornada al visitante, porque sabrá dónde va, qué verá y la significación histórico-artística de lo que hallará en su camino.

LOS EDITORES



San Juan de la Peña. Vista general de los Monasterios antiguo y moderno. Al fondo, la Peña Oroel.

«En un rincón del Pirineo aragonés, entre riscos y nieves, rodeado de elevadas montañas y de profundos abismos, bajo el colosal conglomerado que le sirve de artística bóveda y sobre la verde alfombra del tupido césped, se alza majestuoso e imponente el esqueleto milenario de nuestra Historia de Aragón...».

M. VICENTE.

EL curso académico ha terminado con notable aprovechamiento y en aquel aula de la Facultad de Letras, la historia de nuestra Patria fué objeto de estudios brillantes y entusiastas. Los anales y crónicas de Aragón, con sus puntuales referencias de instituciones ejemplares, reuniones de "Cortes" y conquistas audaces, merecieron atención preferente.

El profesor se siente satisfecho y ha felicitado muy efusivamente a sus alumnos. Un plan bulle en la mente de éstos: la realización de un viaje de estudios por tierras de la antigua "Corona de Aragón". El profesor aprueba la idea. La excursión será un hecho.

—¿Por dónde la comenzamos? —pregunta el más decidido.

—Por San Juan de la Peña —responde el catedrático. Es cuna de la historia aragonesa, archivo sagrado de sus primeros documentos, fuente de recuerdos maravillosos y paraje pleno de atractivos naturales. Es de justicia, y para nosotros obligado, otorgarle las máximas preferencias.

* * *

El grupo universitario se ha reunido en lo más céntrico de la ciudad y, con su profesor al frente, ocupa un autocar de gran cabida.

Piérdense a lo lejos la silueta de las torres y cúpulas del Templo del Pilar y la aguja campanil, fina y airosa, de la Seo zaragozana; queda a la izquierda el grupo de edificios modernos y bien trazados de la Academia Gene-

ral Militar; cruza la carretera el pueblo de Villanueva de Gállego, patria del insigne pintor Pradilla; pasa junto a los arrabales de Zuera y entra en la comarca de la Violada.

El coche se detiene unos momentos; el profesor se ha vuelto a sus discípulos diciéndoles: Ahí tienen ustedes uno de los milagros que pueden hacer los hombres: transformar los secarrales tristes e inhóspitos en fecundos vergeles. Hace pocos años, el ferrocarril de Canfranc y esta carretera cruzaban cientos de hectáreas sin que un árbol, un camino, un hombre, un fuego —como diría nuestro economista Ignacio de Asso refiriéndose a un hogar asiento de una familia—, pudiéramos contemplarlos para recreo de la vista y signo venturoso de bienestar y riqueza nacionales. Veán ustedes hoy. De esta carretera sale un ramal que lleva al nuevo caserío de Ontinar de Salz; de Gurrea de Gállego parte otra; del interior descienden varias que enlazan casas y campos con el río. La tierra ya no es ingrata y árida; huertas por doquier, viveros, umbrías, siluetas de casas de labranza, hombres, trabajo, producción, vida. Esto trajo el agua preconizada por toñantes apóstoles de nuestra economía, otorgada por políticos patriotas y conducida por ingenieros eminentes.

* * *

La ciudad de Huesca, a 72 kilómetros de Zaragoza, exige una visita detenida en la que el arte y la historia aportarán testimonios de valor considerable. Hoy pasa el coche remontando el Coso Alto, enfilando recto el camino cuyo horizonte cierran cumbres legendarias. El castillo de Loarre queda distante a la derecha. Ayerbe surge de la hondonada a la izquierda. Cruza la carretera el río Gállego, y los Mallos de Riglos, con sus gigantes Pisón y Fire (1.147 m.) montan la guardia del paso que conduce al Pirineo.

El Pantano de la Peña (kilómetro 118), por la configuración del terreno que cierra el vaso, su altura y la extensión del agua contenida (25 millones de m³), depara el primer momento de alta emoción que experimenta el viajero. Luego, la ruta se separa del río, y en Anzánigo (km. 130) se adentra por terreno seco y agreste, sin perspectivas de acusado relieve y, finalmente, la Peña Oroel (1.769 m.) anuncia las proximidades del monte Pano, la bifurcación de Bernués que lleva a San Juan de la Peña y el término de la jornada con descanso en la ciudad de Jaca (820 m.).

* * *

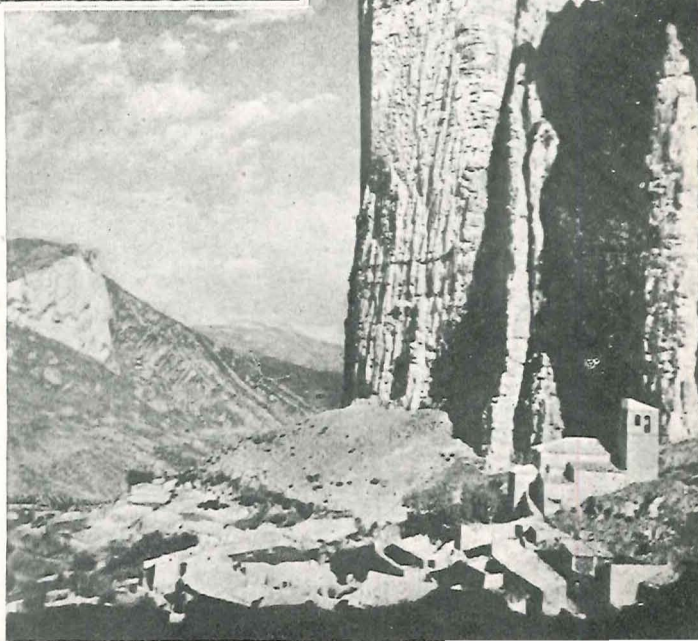


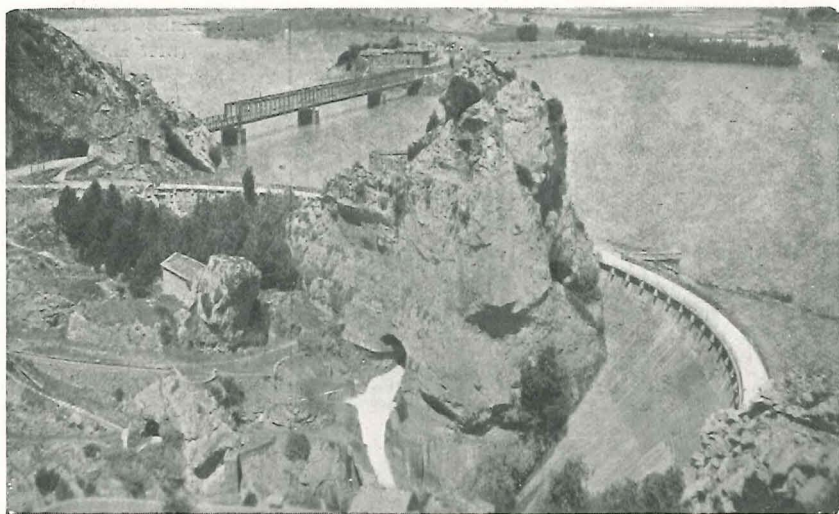
Los Mallos de Riglos.
(1.147 m.)



Los gigantes Firé y Pisón, soberbios monolitos con verticales de 300 metros.

Abajo, el pueblo de Riglos.





El Pantano de la Peña.



En el vestíbulo de la Universidad de Verano jacetana, el grupo excursionista, con varios cursillistas extranjeros, aguarda el momento de trasladarse a San Juan de la Peña.

El autocar inicia la marcha por la carretera que remonta las estribaciones del Oroel. Los bosques, oscuros y densos, alcanzan hasta la cumbre de la "Esfinge" cubriendo con guante verde sus garras y brazos colosales.

Frente al kilómetro 153 se abre un camino forestal que pasea al turista por el soberbio mirador que forma la ladera noreste del monte hasta las proximidades de Navasa. A la derecha la finca "Ardesa" recuerda su categoría de residencia veraniega de canónigos.

—¿Cuánto estar Jaca de la capital de Aragón? —pregunta uno de los extranjeros que es londinense.

—Exactamente 160 kilómetros —responde un alumno zaragozano.

—Ser un paseo. Como de Londres a Birmingham.

—Más lejos que Lourdes de Canfranc —afirma un bearnés.

—Como de Zaragoza a Teruel, a Pamplona, Logroño o Lérida —aduce nuestro compatriota.

—Estar muy céntrica la ciudad del Ebro.

—Mucho... —corrobora el zaragozano— es el eje de grandes comunicaciones.

El trazado de la carretera busca ahora el paso por la vertiente opuesta del Oroel, y en constante subida y con fuertes virajes alcanza el puerto que domina el espacio montuoso que separa el Pirineo de la cordillera central aragonesa. Desde lo alto el paisaje se divisa áspero y sinuoso y al fondo destacan los picos del Aguila, Guara, Gratal y otros que limitan la llanura oscense, hasta que, descendiendo por tramos largos y curvas pronunciadas, el congestionado se abre, vienen las tierras de labor, y a los 18 kilómetros aparece el pueblo de Bernués señalando el cambio de ruta que nos llevará a San Juan de la Peña.

* * *

Comienza de nuevo la subida, y a medida que el camino se adentra por la sierra de la Peña, el paisaje se suaviza y se hace más íntimo. La repoblación forestal gana en intensidad.

—¿Cuánto tener este camino? —pregunta el londinense.

—Diez kilómetros y 565 metros —informa el alumno de antes.

—Igual que un paseo por Oxford Street.

—O por los “grandes boulevares” de París —aclara el galo.

—Como de Jaca a la Venta de Esculabolsas. Y con cuatro más a Santa Cruz de la Serós, y con otros cuatro a San Juan de la Peña por el camino viejo —concluye el zaragozano.

Las rampas son fuertes y constantes, pero no fatigosas para los motores. La vista agranda su radio de observación, y los Mallos de Riglos aparecen en último término formando línea recta con el extremo sur del monte Pano. Abajo divisase un instante el pueblo de Botaya; arriba, el arbolado borra los contornos de la cumbre. La ascensión es rápida, y pronto la floresta con el aroma del espliego dan la bienvenida al visitante cubriéndole con manto de suavidades y verdores, y ya en lo alto, bajo un túnel frondoso y risueño, avanzando el camino recto y llano, desemboca en una hermosa pradera, en cuyo frente la fachada grande de una construcción en ladrillo señala al excursionista el término del viaje de ida.

* * *

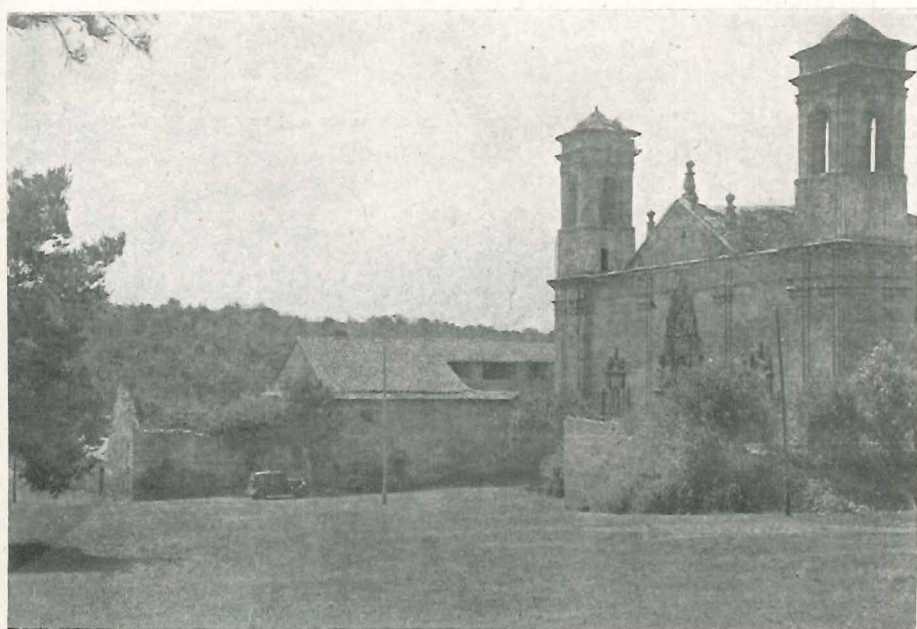
Señores —dice el profesor—, nos encontramos en el llano de San Indalecio de San Juan de la Peña. En este sitio, cuya belleza no cabe ponderar, que es delicia para nuestros ojos y encanto de nuestro ánimo, comienza una peregrinación maravillosa en que el paisaje, el arte y la historia se abrazan y confunden con amor infinito, para admiración y dicha de quienes con emoción y reverencia llegamos a visitarlo.

Vamos a recorrer pausadamente este recinto del que hablaremos con lenguaje sencillo y claro, sin disertaciones académicas ni definiciones científicas; con brevedad y llaneza. Un poquito de historia, otro poco de arte, algo del paisaje y muchas admiraciones para todo. Esto no es la catedral. Aquí somos turistas y como tales nos comportaremos.

—Ahí tienen el Monasterio Alto. Tras esa fachada amplia y lisa, flanqueada por las dos torrecitas, tras esas puertas cerradas, que coronan adornos barrocos del tipo colonial, sólo hay ruinas y escombros. Es la techumbre que se hunde. Es el tejado de piedra que, abandonado, se desploma arrastrando maderas, crujiás, bóvedas y cornisas. Es el imperio de la naturaleza mofándose de la incuria de los hombres. Es la maldición del cielo devastando sus propios templos para escarnio de creyentes abúlicos...



Fachada de la Iglesia del Monasterio Alto. (Siglo XVIII).



Zona del llano de San Indalecio, limitada por la guardería y la Iglesia alta.



Paseo que conduce al Mirador de San Voto.



El Mirador de San Voto sobre el acantilado que circunda la carretera al Monasterio Bajo.

—¿Y no podremos ver el interior? —pregunta una alumna.

—¿Para qué? —advierde el profesor—. Solo restan los muros. Esta iglesia, cuerpo principal del Monasterio, construido en su totalidad en los años 1675 a 1715, y cuyas restantes dependencias se hundieron ya, no respondía a concepción arquitectónica sobresaliente. Era iglesia espaciosa, clara, agradable, de tres naves, planta de cruz latina, con la particularidad de presentar el ara mayor en el centro del crucero, en igual disposición que en San Pedro de Roma, pero... ¡cuán distintas!... Aquel altar doselado por el maravilloso baldaquino de Bernini; éste muy bajo, muy pobre, con un simple templete de madera estucada. El ábside todavía guarda los restos de la sillería coral. Triste iglesia que conceptuamos un ejemplar más del último periodo del barroco. Puesta la primera piedra en 1693 fué consagrada en 1705, siendo el artífice el maestro Pedro Onofre...

Pese a tan lamentable estado, no olvidemos que es monumento arquitectónico-artístico, según R. O. de 9 de agosto de 1923... Pero sigamos nuestra marcha...

* * *

El grupo cruza la pradera, pasa junto a la casa de los ingenieros forestales y sigue por el andador enmarcado por grandes árboles que prestan sombra constante al antiguo camino de San Voto.

Verdadera avenida de gratisimas perspectivas, es sosiego del espíritu y fuente de apacibles sensaciones. Al final una ermita en ruinas y una senda que conduce a un mirador alzado sobre un precipicio. Conviene caminar con tiento, aunque unas alambradas defienden el paso del viandante. El profesor recomienda prudencia.

El mirador domina el barranco que desemboca en Santa Cruz de la Serós y en cuyo muro de cabecera, a una profundidad de cien metros, aparece un cenobio adosado a una concavidad enorme. Es el Monasterio Bajo de San Juan de la Peña.

La impresión que recibe el espectador ante semejante panorama es inolvidable.

Ahí abajo tienen ustedes la gruta que ha merecido el título glorioso de "Cuna de la Reconquista aragonesa". Vamos a descender para saturarnos de historia y arte, pero antes vean el paisaje que enmarca tan venerable fundación.

[A nuestra izquierda ese pico incisivo y enhiesto es el Cúculo, el que desde Jaca divisamos perfectamente; sigue San Salvador, la montaña "socarrada" la llaman, por el incendio sufrido en 1919 y en cuya superficie no quieren crecer nuevos pinos; luego, el barranco Gótolas y, como sección final, el monte Pano en que nos hallamos. Todo ofreciendo quietud y recogimiento como estuche de un recinto asombroso por su singularidad, su mérito y su pasada trascendencia.]

* * * *

[Un camino carretero, que comienza en la pradera a espaldas de los edificios, conduce a la pequeña explanada que ocupa el antiguo Monasterio. Su corto trayecto, 971 metros, por entre pinos y arbustos, no es fatigante. Salvado el basamento rocoso cuya cima ocupa el mirador de San Voto, el glorioso edificio, surgiendo de la peña, se ofrece íntegramente a la contemplación del visitante.]

—Ya estamos en el "Covadonga aragonés" —dice el profesor— y a la vista de lo que fué centro famoso de oración, cultura y acogimiento recordemos las causas iniciales de su fundación y grandeza. Pertenecen aquéllas al dominio de la leyenda: sus fuentes son las "Actas de los Santos Voto y Félix" y "la segunda historia de San Voto o donación de Abetito". Más que la verdad rigurosamente histórica habla en esos documentos la fantasía de los cronistas. La imaginación ha sido siempre la acompañante solícita de los hechos legados por épocas de confusión y con medios informativos escasos y laboriosos. Y, para mayor penuria, destrucciones sufridas por archivos riquísimos... Pero no divaguemos.

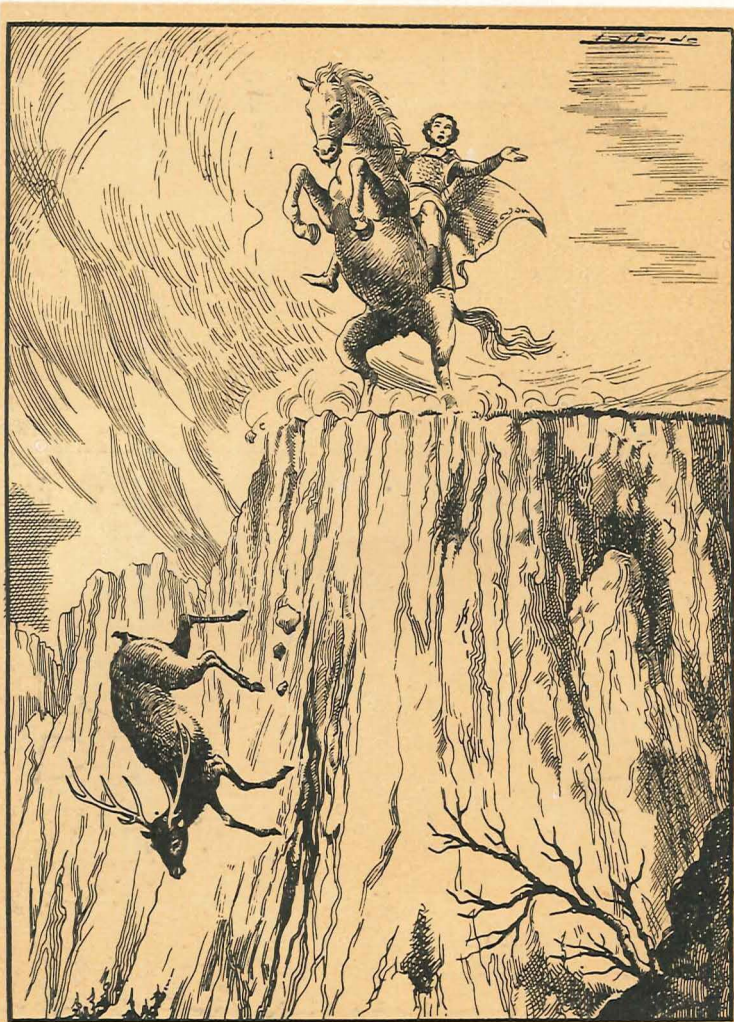
Dice la tradición, que por los tiempos en que se había consumado la invasión agarena, un joven caballero mozárabe llamado Voto, residente en Cesaraugusta, llegó de caza hasta la cumbre de este monte. Persiguiendo impetuosamente un ciervo dió de súbito con un abismo por el que se arroja el animal y seguramente también el cazador si el caballo que montaba no hubiese quedado frenado repentinamente al grito de espanto del jinete invocando a San Juan Bautista. Dominada ya su intensa emoción y deseando conocer la profundidad de la sima que se abría a sus pies y la suerte corrida por el venado, descendió por entre riscos y malezas hallando en esta pequeña explanada muerto el ciervo y abierta ante sus ojos una enorme cueva con trazas de estar habitada. Penetra en ella y, con sorpresa,



Poste de forma estelar, indicador de la carretera al Monasterio Bajo.



Vista del Monasterio antiguo de San Juan de la Peña.



... quedando el caballo frenado repentinamente al grito del jinete
invocando a San Juan Bautista...



...En la piedra triangular que sostenía la cabeza del difunto anacoreta, se leía:
«Yo, Juan de Atarés, primer ermitaño de este lugar, menospreciando el siglo presente, por el amor de Dios, como fué posible a mis fuerzas, edificué esta ermita en honra de San Juan Bautista, y aquí reposa. Amén.»

LOS GRANDES MONARCAS PROTECTORES DE SAN JUAN DE LA PEÑA



Sancho III el Mayor, rey de Navarra y Aragón.



Ramiro I, rey de Aragón.



Sancho Ramírez, I de Aragón y IV de Navarra.



Pedro I, rey de Aragón y de Navarra.

(Reproducción obtenida de la Historia de España de Rodríguez Codolá, Editorial Seguí).

encuentra una pequeña ermita dedicada a San Juan Bautista, y tendido en el suelo, el cuerpo incorrupto del ermitaño. Su nombre constaba en la piedra triangular que sostenía su cabeza: era Juan de Atarés, primer anacoreta que hacía penitencia en aquel recóndito paraje.

La impresión del caballero Voto fué inmensa. Da cristiana sepultura al cadáver del ermitaño; regresa a la ciudad, refiere a su hermano Félix el providencial suceso y, al impulso de generosos sentimientos, acuerdan distribuir sus bienes entre los indigentes y retirarse a la cueva que en tan extrañas circunstancias habían conocido. Nobles ambos, inteligentes y muy piadosos, pronto se vieron rodeados de gentes dispersas por la dominación musulmana que acuden a sus prácticas religiosas y a sus saludables consejos.

El afán de rescatar sus tierras del poder usurpador iba dando unidad y acción bélica a los grupos que en torno de esta cueva se congregaban, y si en un principio los núcleos defensores de estas cumbres fueron exterminados, ahora es cuando al abrigo de este paraje lanzan los cristianos agresiones audaces, y por estas barrancadas se guarecen cuando las reacciones enemigas ponen en peligro vida y ganancias. La reconquista del territorio altoaragonés había comenzado.

Efectivamente; crónicas imprecisas relatan la presencia del Conde Garcí-Ximénez, que sale de estas espesuras con una fuerza de 700 hombres y, en marcha sorprendente por la línea subpirenaica, cae sobre Ainsa y libra la famosa batalla de Sobrarbe, en cuyo curso y como favor divino, dicen, vieron en lo alto una cruz roja sobre una encina que ha quedado como emblema que distingue uno de los cuarteles del escudo de Aragón.

Regresa victorioso el caudillo, es aclamado señor, o rey de aquel país, y en acción de gracias favorece con obras y donaciones este lugar de oración que, asistido primeramente por los ínclitos varones Voto y Félix, y luego por discípulos que acuden a compartir sus penitencias —entre los que descuellan Benito y Marcelo (1)— ha ganado fama de santidad y sabiduría.

aquí Pasaron los tiempos de los caudillos de procedencia ignorada, pero que se hacen famosos por su valor y fortuna en la guerra; pasó el gobierno de doce señores que durante treinta años constituyen una república aristocrá-

(1) Supuestos inspiradores de la institución del Justiciazgo aragonés.

tica cuyo consejo no se entiende; fué aclamado rey García Arista, y comienza una dinastía cuya cronología recogió la Historia, aunque ofreciendo ciertas confusiones en monarcas y fechas debido a la pérdida de cronicones orientadores.

Sus sucesores acrecientan las conquistas, las tierras ganadas se alejan de San Juan de la Peña, pero, en acción paralela, también la primitiva ermita de Juan de Atarés se ha engrandecido; en lo alto del monte se instalaron nuevos anacoretas; andando el tiempo un santuario sustituyó al veneratorio fundacional, a éste una pequeña iglesia, los pobres albergues de los penitentes en residencia apta para gentes principales, y es por los años 835 al 840 cuando consta de modo fehaciente la existencia de una comunidad de monjes que, presidida por el Abad Transirico, observa la regla de San Benito, para mayor perfección religiosa de los adscritos a este centro espiritual y mejor asistencia de las gentes que acuden en demanda de acogimiento.

Las desavenencias entre califas y emires, entre valíes y renegados, provocan sangrientas acciones que siembran otra vez de espanto y ruinas tierras pacificadas. La sublevación de Muza II en Zaragoza y de otros secuaces, hacen caer en manos de infieles ciudades importantes, menos Jaca y la Ainsa, que muéstranse invencibles. Huyendo de los nuevos tiranos llegan a estas montañas señores y clérigos, monjes y dignatarios, y es forzoso organizar su permanencia al amparo de un terreno considerado inexpugnable. El monasterio se engrandece y, al par que baluarte de la fe cristiana, se convierte en mentor de toda empresa noble y gloriosa.

Todos los titulados reyes de Sobrarbe, de Pamplona, luego de Navarra; todos los condes de Aragón encabezados por el legendario Aznar Sánchez que, en 760, libra Jaca de la opresión musulmana en acción victoriosa que celebran los jacetanos el primer viernes de mayo cada año; los nobles que en este cobijo hallan descanso en sus luchas y sabias dictaminaciones para sus empresas; la figura cumbre de Sancho III el Mayor —que reúne bajo su cetro con los estados aragoneses las tierras de Castilla—, la consecuente de Ramiro I y la entusiasta de Sancho Ramírez, todos favorecen San Juan de la Peña aportando ayudas que le convierten en el primer monasterio del Reino.

Aquí, los caudillos relatan sus hazañas que escuchan

y anotan pacientes monjes; aquí, al abrigo de sorpresas y en este paraje céntrico, dominador de grandes extensiones, se forjan alianzas y leyes, se otorgan fundaciones y legados, se redactan fueros y privilegios. Habían llegado los días de gran esplendor y la influencia del cenobio era considerable...

Y es también llegado el momento de que entremos en el edificio para continuar nuestras disertaciones a la vista de los recuerdos gloriosos que guardan estos muros venerandos.

* * *

—Ustedes saben perfectamente que este monumento es románico, pero al igual que en las capas geológicas, sobre la masa severa y sencilla del arte primitivo fueron adosados elementos representantes de otros estilos. Una causa lo justifica: los incendios sufridos en los siglos x, xi, xv y xvii que destruyeron importantes dependencias, amén de reformas hechas con mejor voluntad que acierto. El último, en 1675, movió a los monjes a trasladar su residencia al llano de San Indalecio construyendo al efecto el Monasterio Alto. Allí tenían mayor espacio y era la estancia más sana.

Iniciaremos la visita por la planta baja. Dos espacios la constituyen: la sala denominada de “Concilios” y la iglesia primitiva. Por la disposición de la primera pudo muy bien utilizarse para tan importantes reuniones, como también para sala “Capitular”, y hubo cronista que hablaba de ella como atrio de la iglesia.

“Su bóveda es de medio cañón, reforzada con cuatro arcos torales que apean en muy bajos peraltes hasta el enlosado del suelo, peraltes que al adosarse a columnas rectangulares, resultan pilares de sección de cruz griega...” —nos explica el profesor Oliván Bayle, dando actualidad y coincidiendo con descripciones muy científicas de investigadores meritísimos—. Todos conocemos uno eminente: don Ricardo del Arco. San Juan de la Peña ha tenido buenos cronistas.

Observen que esta sala recibe luz por ocho aspilleras abocinadas que recuerdan el carácter al par castrense del cenobio. Cavado en la roca, a la izquierda existe un osario, hoy convenientemente aislado.

El título que la distingue se refiere a los Concilios celebrados el año 1035 con asistencia del rey Don Sancho III, algunos prelados, abades y señores, y en 1057 el reunido

por Don Ramiro I con altas dignidades del territorio. En esta magna asamblea se decretó que los obispos de las diócesis de Aragón debían ser monjes de San Juan de la Peña. Una razón justificaba esta importante decisión tendente al mejor gobierno de la grey pastoral: la fama de sapiencia, de pureza de costumbres, de organización y de religiosidad que irradiaba este Monasterio. Conviene recordar que, al conocerse la transcendental reforma operada en la Orden benedictina bajo los dictados de Cluny, el rey Don Sancho envió al Abad Paterno con algunos monjes a aquella Abadía para estudiar las nuevas prácticas. A su regreso fueron adoptadas en esta Casa con toda rigurosidad, acrecentando el mérito y ejemplaridad de esta vida monacal.

—Creo recordar que hablamos en clase de otra importante reunión aquí celebrada —interviene un alumno.

—Es cierto. La convocada por el Papa Adriano IV por los años 1155 a 1159 para zanjar serias discrepancias jurisdiccionales entre los obispos aragoneses y navarros; la presidió su Legado.

—El Papa Adriano IV ser inglés —recuerda el londinense.

—Exacto. El único Papa inglés que presenta la historia de la Iglesia, y por cierto uno de los más sabios y más enérgicos que han ocupado la cátedra de San Pedro —afirma el profesor.

* * *

Por esta sala de Concilios se pasa a la iglesia primitiva y cripta abacial. Sus proporciones son reducidas.

“Tiene dos naves divididas por pesados y bajos pilares en cuyas cabezas hay grandes zapatas en las que apean arcos de herradura de sabor bizantino. La bóveda es semicilíndrica”, describe el autor referido.

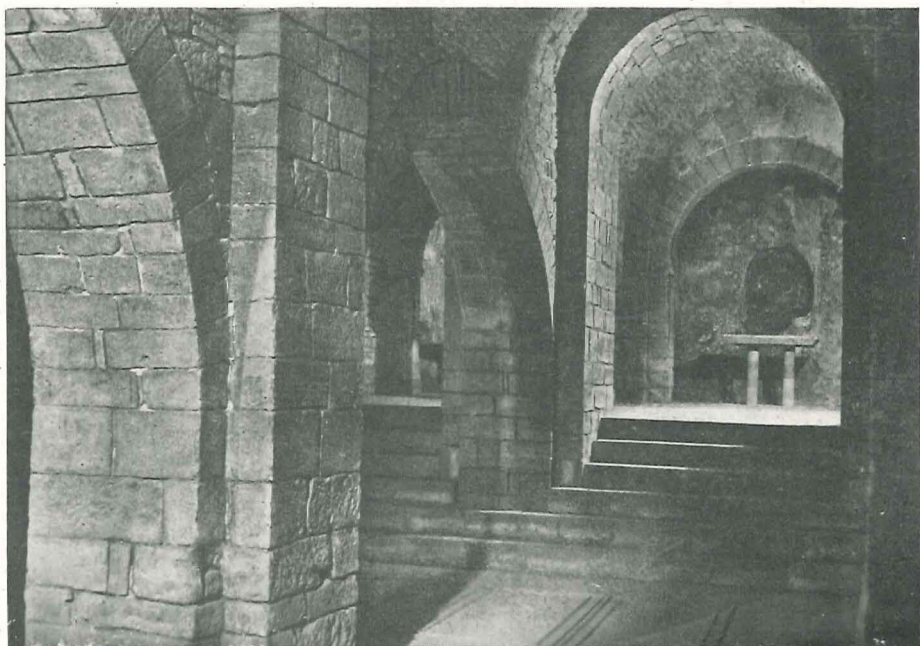
—Esta iglesia latino-visigótica —nos dicen— fué consagrada el 5 de febrero del 922 por el obispo Iñigo, reinando en Navarra Sancho Garcés I, mas aquí hay también restos mozárabes del siglo ix.

Un acontecimiento tuvo lugar en este templo: la introducción del rito romano, en 1071, sustituyendo al mozárabe. Vino para ello el cardenal Hugo Cándido como legado del Papa Alejandro II que, con los obispos de Jaca y Roda, es solemnemente recibido por el rey Sancho Ramírez y su corte. Para honor de nuestro Monasterio, diremos que fué el primero donde se introdujo el nuevo



Sala denominada «de Concilios». (Siglos X y XI).





Iglesia primitiva. Arquitectura visigótica. (Siglos IX y X).



Cabecera de la Iglesia primitiva.

rito. De aquí pasó a Cataluña y más tarde a León y Castilla donde la reforma provocó revueltas y se manchó en sangre.

Orgullo de Aragón este recinto, señor de grandes propiedades territoriales cuyas rentas percibe, amado con efusión extraordinaria por el rey Sancho Ramírez, comienzan las obras de la nueva iglesia que en el piso superior sustituye a ésta, conceptuada insuficiente y no adecuada al rango de fundación tan soberana. (1).

* * *

Volviendo al vestibulo, cuyas aberturas refuerzan arcos de medio punto, llegamos por amplia escalinata a un patio rectangular que tiene por techumbre la masa compacta de la gruta y en el muro lateral izquierdo veinticuatro sepulcros que guardan los restos de la nobleza aragonesa, que se honraba escogiendo San Juan de la Peña como recinto postrero para sus mortales despojos. Cubiertos por el pavimento de la sacristía, hoy panteón real, y bajo el enlosado que cruzamos, vuélvense polvo las osamentas de los varones más ilustres de aquellos tiempos. De aquellos que seguían a sus reyes en andanzas fatigosas y tan prolongadas que convertían cualquier aldea en corte, que hacían nacer un príncipe entre riscos ingentes y que estimaban regalada estancia el aposento más sencillo del monasterio menos confortable. Recordemos que no lejos de aquí, en el pueblecito de Bailo, tuvo su residencia el rey Sancho Garcés II Abarca, de la dinastía navarro-aragonesa, donde vino al mundo Sancho III el Mayor, y que en Sireña nació Alfonso el Batallador.

Ahí tienen ustedes el "memento homo" de las linajudas familias de los Lunas, Abarcas, Urries, Maza, Entenza, Cajal, Sesé, Atarés, Marcuello y otros.

Sabemos de Sancho Ramírez la decisión firme de ser enterrado en el panteón real junto a sus antecesores y familiares, y rodeado, como en perpetua guarda, de aquellos vasallos y fieles señores que le asistían en la guerra y en los actos de corte. Además, sin declaración real ni Bula pontificia, por decisión unánime nacida del amor y veneración que infundía este admirable centro religioso, formóse la Hermandad de San Juan de la Peña, otorgándose distintivos a las damas y siendo armados caballeros

(1) Llegó a tener bajo su jurisdicción y señorío 126 iglesias y monasterios y 238 pueblos.

los varones que se ofrecían al mejor servicio de la fe, del reino y de la institución, y que donando bienes y estableciendo herencias a favor del culto pinatense, obtenían por su parte, y entre otros privilegios, el de recibir sepultura en este recinto sagrado, descansando bajo el triple dosel del cielo, del bosque y de la peña.

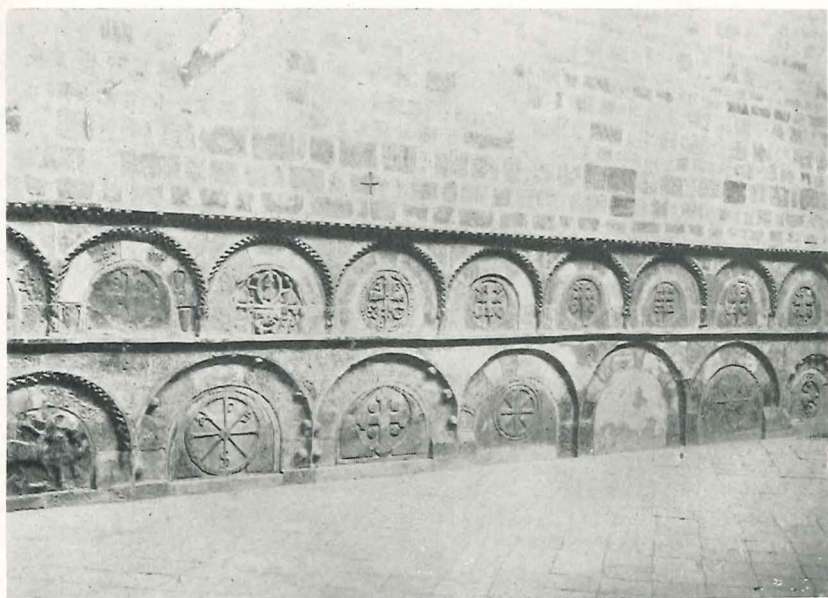
“La severidad castrense predomina en la arquitectura de estos enterramientos —dice Oliván Bayle—. Distribuidos los nichos en dos órdenes, aparecen orlados por cenefas ajedrezadas, formando arcos de medio punto que apoyan en figuritas de carácter oriental, a excepción de tres, una en el centro y dos en los flancos, que son columnitas semejantes a las que se ven en los claustros. Separando esta fila superior de nichos de la inferior, corre una sencilla imposta. En este orden, los sepulcros, unos tienen una cenefa semejante a la antedicha; otros, un collar de gruesas bolas o pometeado de piedra, y los restantes aparecen sin marco alguno. La exornación de las lápidas funerarias es algo muy interesante por las inscripciones de heráldica religiosa y civil. Se ven talladas, bien la cruz de Iñigo Arista, bien la de Garci-Jiménez. En los dos casos aparecen cuatro florones llenando los respectivos huecos de las dichas cruces. Otro tema muy prodigado es el crismón o anagrama de Cristo...”

“Bastante bien conservados figuran dos grifos y un león adornando tres nichos —como un curioso relieve del siglo xi, el alma de un difunto (en nimbo elipsoidal) sostenida por dos ángeles que la llevan al cielo—. Esta orientalidad de motivos es muy propia del estilo románico, influencia que también se ve decorando los capiteles de este estilo en el claustro, habiendo varias razones para creer que las dos piezas, el claustro y el panteón, se construyeron al mismo tiempo...”

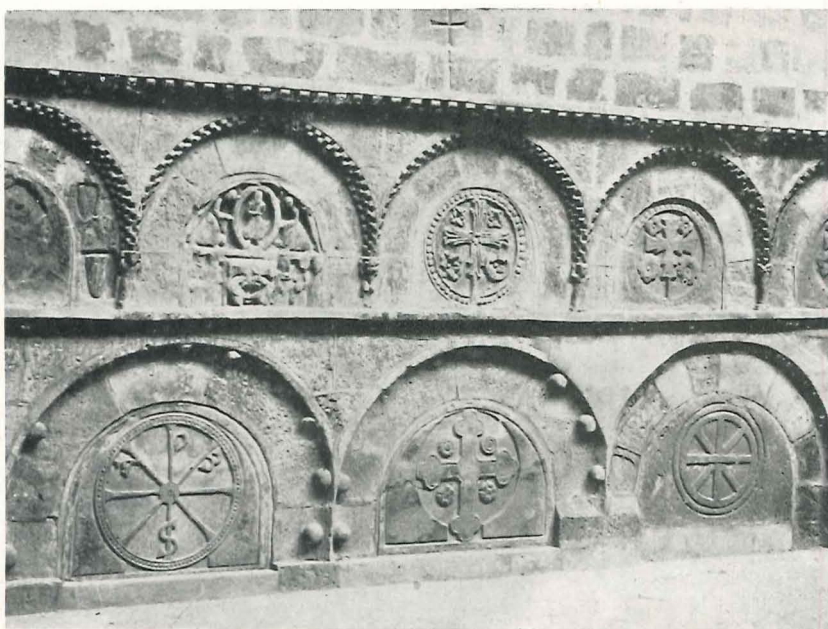
—Desde luego, este “columbario” es el “único” caso de enterramientos románicos de que tenemos noticia, y el efecto que produce no puede ser más interesante.

No quiero omitir, aunque la inscripción es ilegible y muy dudosa la certidumbre, que aquí tenemos la tumba que disputa a San Pedro de Cardena el honor de poseer los restos de doña Jimena, esposa del Cid Campeador, y en este ángulo del patio, en el suelo y junto a la escalinata del templo, bajo sencilla losa, vemos la sepultura del Conde de Aranda, famoso ministro del rey Carlos III, fallecido en 1789.

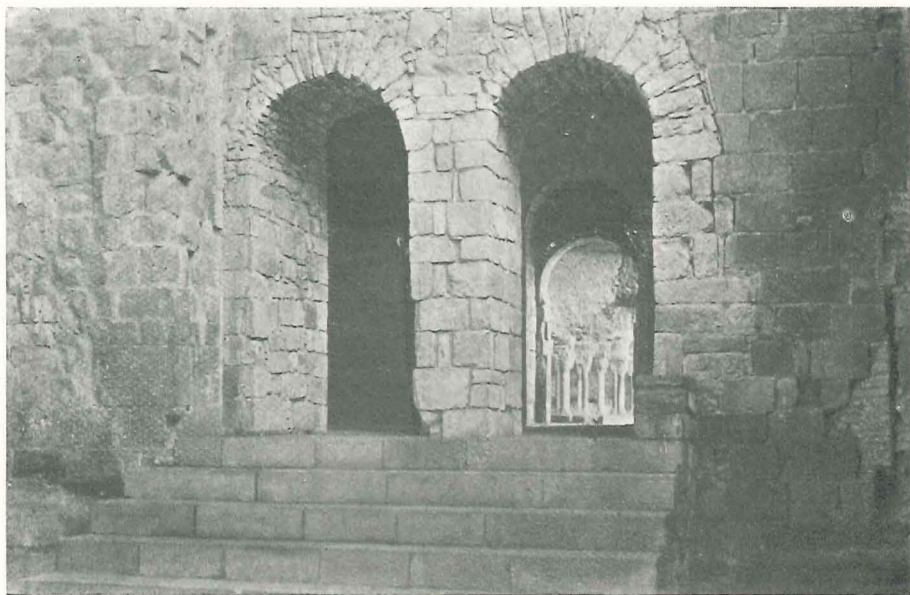
Pasemos ahora a la iglesia mayor.



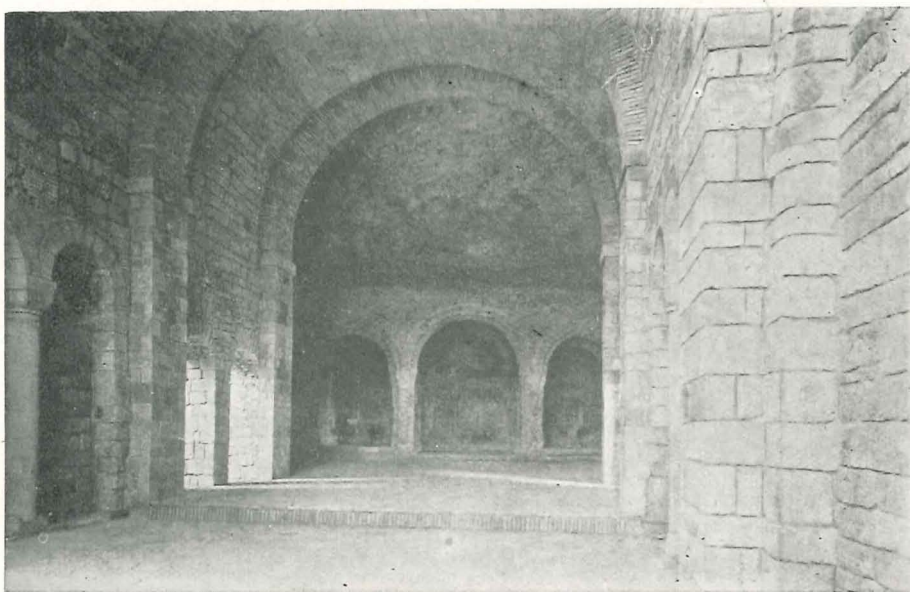
Distribuidos los nichos en dos órdenes, ofrecen el aspecto de un columbario romano.



En las lápidas funerarias aparecen talladas las cruces de Iñigo Arista y Garci-Ximénez, el crismón y relieves de carácter oriental.



Ingreso a la Iglesia románica. Al fondo, el claustro.



Nave de la Iglesia románica. (Siglo XI).

Hermosa iglesia de arquitectura románico-visigótica que, engalanada con los lienzos, ornamentos, lámparas y atributos de aquellas épocas, debía ofrecer majestuoso aspecto.

“Es dicha iglesia de una sola nave y tres ábsides empujados en la roca, la cual asoma por encima de éstos avanzando hasta casi mitad de la nave”. Su longitud es de 30,50 metros, siendo de 10,50 la anchura máxima, por ser ligeramente trapezoidal su forma.

Herido de muerte Don Sancho Ramírez cuando atendía a la conquista de Huesca (1094), es su hijo Don Pedro quien da continuidad a la construcción de esta iglesia como ferviente homenaje a una obra iniciada por su progenitor. Y es en dicho año, cuando Amato, arzobispo de Burdeos, como delegado del Papa Urbano II, en presencia del rey Don Pedro I y rodeado de su corte, consagra solemnemente el nuevo templo, en cuya ara brilla una reliquia maravillosa.

—¿El Santo Grial? —dice una voz.

—Efectivamente: el Santo Cáliz que el Redentor de los hombres tuvo en sus manos divinas y usó en la Cena última con sus apóstoles.

—¿Y cómo pudo llegar a este paraje, tan apartado, recuerdo tan grande? —pregunta el alumno.

—Voy a explicarlo. El inmenso prestigio que irradia esta Abadía hace llegar a sus archivos y altares reliquias inestimables, y se asegura fué en 1076 cuando recibe la más sublime entre las más sagradas: el Cáliz del Señor. Afirma la tradición que San Lorenzo, tesorero del Papa San Sixto, temiendo por los bienes de la Iglesia que tenía en custodia y cuya entrega le exigía con amenazas de muerte el prefecto pagano de Roma, el año 258 confió ocultamente tan preciada joya a discípulos predilectos, quienes, con otras también muy estimadas, la llevaron a Huesca, de donde pasó a San Adrián o Santa María de Sasave y a San Pedro de Siresa —refugios ocasionales de los obispos de Aragón—, en momentos delicados por las profanaciones de que pudieran hacerla objeto musulmanes, renegados o judíos. De allí fué trasladada a Jaca, y finalmente a San Juan de la Peña, seguramente a instancias del rey Sancho Ramírez con la aquiescencia del obispo don Sancho, ambos siempre muy compenetrados y devotos de nuestro monasterio.

La aparición del Santo Cáliz en este recinto causa sensación inmensa y la noticia se expande por todos los países cristianos. Un factor hace posible esta circunstancia: las

peregrinaciones a Santiago de Compostela, tan estimuladas y favorecidas por el rey Don Sancho III el Mayor, de Navarra. Ellas transmiten por doquier este conocimiento.

El hecho de seguir por la Canal de Berdún, a 8 kilómetros de aquí, la ruta que cruzando el Somport llevaba a Galicia, fué motivo bastante para que se tuviera información del Santuario que poseía tan sacrosanto recuerdo.

A esta gruta acuden nobles caballeros y guerreros de lejanas tierras, ansiando postrarse ante el Cáliz Santo y rendirle armas, montando guardias de impresionante grandeza; trovadores y juglares tejen leyendas basadas en la existencia del Grial bajo gruta profunda que guarda una comunidad religioso-castrense en monte apartado cubierto de vegetación profusa y risueña. Descuella por la similitud de lugar y asunto la del germano Wolfrang de Eschembach, que permitió a Ricardo Wagner, aunque jamás estuvo en San Juan de la Peña, escribir su ópera "Parsifal" con expresión tan objetiva y poética del paraje en que la acción se producía y del culto que se le tributaba, que no ofrece duda, fué éste el Monsalvato que ha inmortalizado el genial compositor.

Más de tres siglos, hasta 1399, permaneció el Cáliz en este recinto, hasta que el rey Don Martín el Humano, llevado de su predilección por el Monasterio de Poblet, mostró deseos de que le fuera entregado, pretensión que apoyó con toda su autoridad de entonces Benedicto XIII (Don Pedro de Luna), hasta que el Abad hizo la entrega en el Castillo de la Aljafería de Zaragoza. En 1437, y cumpliendo órdenes del rey Alfonso V el Magnánimo, su hermano Juan lo confió a la ciudad de Valencia. Como compensación, la comunidad pinatense recibió un riquísimo cáliz de oro y pedrerías que, con otras joyas valiosas, fué destruido por el incendio del 17 de noviembre de 1494.

* * *

—La grata sensación que el arte románico produce en nuestro ánimo se trunca al pasar a la que fué sacristía, transformada desde 1770 en Panteón Real.

Debido a la acción del tiempo, las tumbas de nuestros primeros monarcas habían sufrido lamentables deterioros, y fué Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, ministro del rey Carlos III, quien obtuvo autorización de su señor para transformar las ruinosas cámaras sepulcrales en morada fúnebre digna de varones tan preclaros.

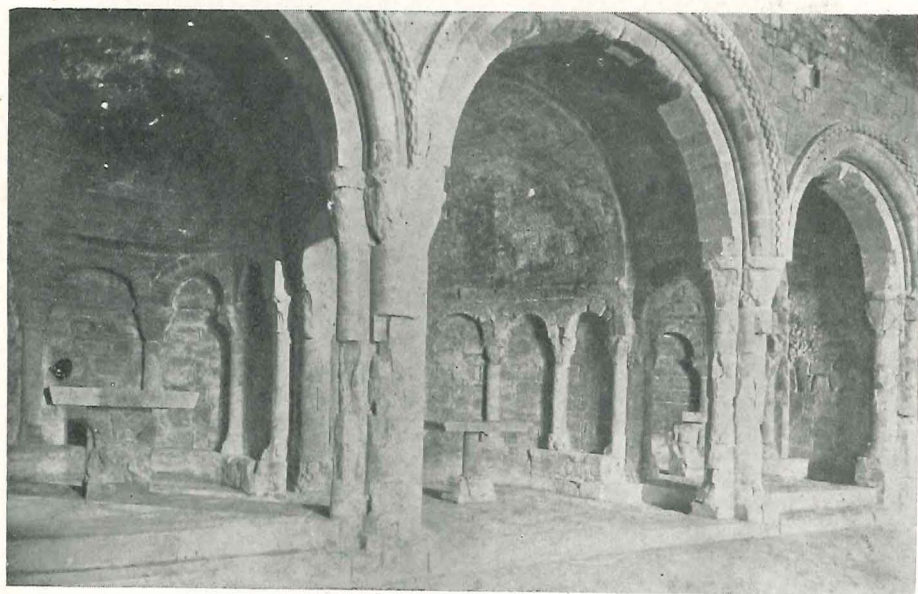
Panteón espléndido, ciertamente, pero reconstruido bajo



...acuden nobles caballeros y guerreros de lejanas tierras
ansiendo postrarse ante el Cáliz Santo y rendirle armas...



El Panteón Real, de arquitectura neoclásica. (Siglo XVIII).



Cabecera de la Iglesia románica. Junto a la capilla izquierda, la antigua sacristía, hoy Panteón Real.

los dictados del neoclasicismo, tan distinto al que estamos admirando, el contraste es fuerte para sensibilidades encariñadas con el arte aplicado oportunamente. Mas es así, y loado sea Dios que hubo una mano regia que quiso honrar la memoria de figuras dinásticas antecesoras, y un mentor que señaló la misión que incumbía para mejor descanso de quienes, señores y vasallos, llenaron páginas gloriosas de la Historia de Aragón.

Bajo esas 27 planchas de bronce y entre estos mármoles y ornamentaciones, reposan los restos mortales de García-Ximenes, Fortún Garcés, García-Ximenez II, Sancho Abarca I, Sancho Abarca II, García Sánchez el Tembiador, Ramiro, primer rey de Aragón, Sancho Ramírez y Pedro I, con sus esposas y determinados hijos.

Según las crónicas del Abad Briz Martínez, yacen en San Juan de la Peña 14 reyes, 13 reinas, varios príncipes, algunos condes de Aragón y multitud de personajes de linaje esclarecido. También guardaba este Monasterio los cuerpos de siete santos: San Juan de Atarés, Santos Voto y Félix, Santos Benito y Marcelo, San Indalecio y su discípulo Santiago, ambos obispos de Almería.

Para decoración de este Panteón, el escultor Pascual Ipas, bajo la dirección de don Carlos Salas, el que dió tanto realce al Pilar zaragozano, esculpió en la pared frontera cuatro relieves en estuco que recuerdan: la batalla de Ainsa ganada por García-Ximénez; la de Arahuest (1), por Iñigo Arista; una escena del sitio de Huesca por Pedro I y la jura de un monarca ante el justicia, prelados y el abad de San Juan de la Peña.

Omitiré descripciones meticulosas de elementos y exornos que enriquecen esta brillante residencia póstuma, digna de toda reverencia, y pasaremos al claustro donde el románico vuelve a ofrecerse con toda la fuerza expresiva de cinceles sobrios y robustos, lo que dará más placidez a nuestro ánimo que la ornamentación vistosa lograda con jaspes, bronce, mármoles, alabastros y apliques, mejor entonados en palacios cuya arquitectura responda por entero al estilo neoclásico.

* * *

Todo turista que llegue a San Juan de la Peña sin previo asesoramiento de las particularidades arquitectónicas

(1) Acción que se supone librada junto al Pueyo de Araguás, en las cercanías de Ainsa, y en el curso de la cual apareció una cruz plateada sobre el cielo intensamente azul; suceso legendario, cuyo símbolo —la cruz de Iñigo Arista— campea en el escudo de Aragón.

que ofrece el recinto, quedará sorprendido y maravillado de hallar un claustro conventual sin otra techumbre que la visera de una enorme concavidad por cuyas laderas cuelgan los árboles.

Y seguidamente advertirá que se trata de una obra maestra del arte religioso. Y además, única. Ni en los planos trazados por los artífices benedictinos, ni por los del Cister, hallaremos otro ejemplar que presente un claustro como éste, alzado sobre una plataforma al borde de un barranco, libre de muros atosigantes, sin techo artificial y con una arquería tan seductora, que, aun hoy, subsistiendo solamente las alas norte y oeste, es bastante para cautivarnos.

—Por la fuerza expresiva de su disposición y labrado, parece este claustro hecho por maestros con temperamento añorado —dice un alumno.

—Por ángeles “diplomados” en artes plásticas, que trajeron a este patio, con las crujías litúrgicas, columnas muy curiosas en series de una, dos y cuatro, capiteles con figuras enanas que son un encanto, ábacos primorosamente esculpidos, dovelas simétricas perfectamente ajustadas, y todo, efectivamente, lindo, ingenuo, etéreo, pero... ¡cuán poco queda!...

—Hay capiteles cuya interpretación es fácil —afirma una señorita.

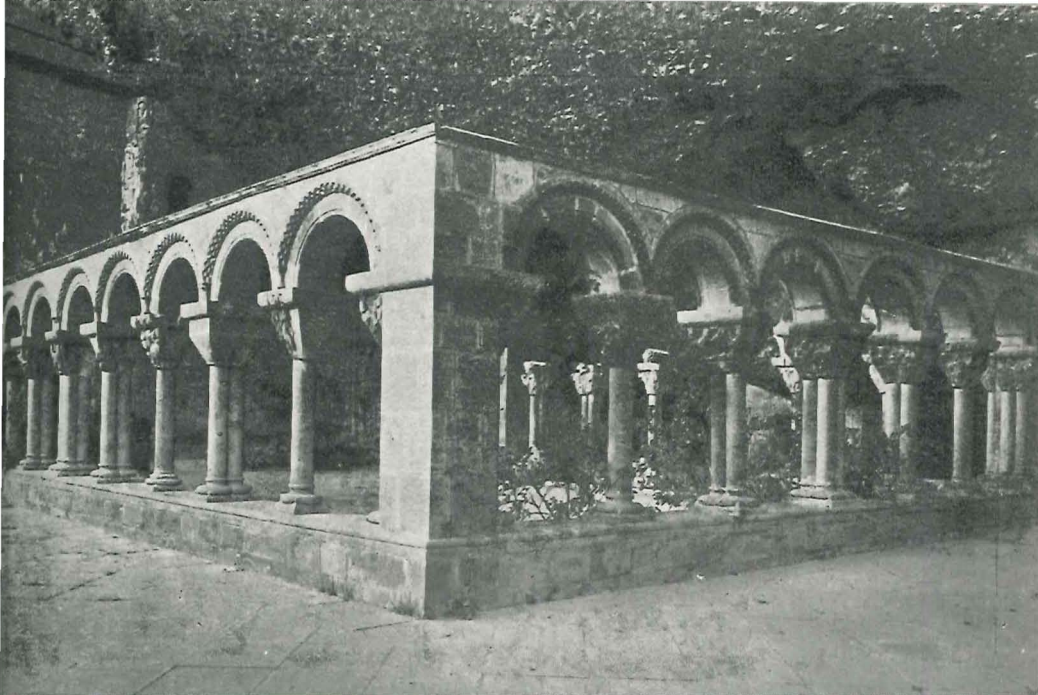
—Muy fácil. Aquí tienen pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento: La Natividad del Señor; Adán y Eva trabajando resignados después del pecado original; Jesús dirigiéndose a los pescadores; la Entrada en Jerusalén; la Cena de los apóstoles; el Símbolo de la Eucaristía, etc...

—Por fotos que hemos traído observamos que este claustro se completaba con arcadas de ladrillo —dice uno.

—Y que con buen acuerdo hizo demoler el arquitecto señor Iñiguez Almech al encargarse de la reconstrucción de este monumento hace unos años. En arte no deben aceptarse aditamentos de pésimo efecto, y sin valor alguno, sólo por completar los restos de una obra meritísima. O todo artística y estéticamente bueno y valioso, o dejar en pie, solamente, pero celosamente defendido y cuidado, lo bello y notable.

Conviene hacer constar que este claustro no es el primitivo. Consérvase algún capitel anterior a los que contemplamos. Son representaciones más simples y expresadas más toscamente.

* * *



Alas norte y oeste del Claustro románico del Monasterio Bajo.



Puerta
mozárabe



¿La Ascensión del Señor?

Supuesta alegoría de los Evangelistas.



La última Cena y el Lavatorio.



Jesús perdonando a la adúltera.

—Espaciemos ahora la vista por estos ángulos y atendamos a las capillas que abren sus fachadas a este recinto: la de San Victorián, adosada al muro lateral de la iglesia y que, como ven ustedes, es del siglo xv, gótico puro, muy bien trabajado, con riqueza de exornación, pero que contorneada por elementos románicos surge de ese rincón como esos personajes ataviados exageradamente, cuyos adornos y acicalamientos nos desorientan y deslumbran. Pero reconozcamos que es digna de admiración. Vean sus cinco archivoltas, lobulada la inferior, con preciosas macollas la central, conopial la superior, campeando en lo alto el Rat Penat valenciano, que acredita el origen del Abad Marqués que dispuso para sí este magnífico panteón, cuya primera piedra fué puesta en 1426 y terminado en 1433.

—Se afirma que estuvo destinada a enterramiento del Papa Luna —interrumpe uno de los más documentados.

—Es un error debido a lectura deficiente de una inscripción que adorna el muro del Evangelio de esta capilla. Además, aquel gran carácter no podía recibir aquí sepultura. En el Concilio de Constanza celebrado el año 1417, que puso término al Cisma de la Iglesia, una vez depuesto el Papa Juan XXIII, renunciado Gregorio XII y vista la negativa de Benedicto XIII a ceder la tiara, fué declarado cismático y hereje. No había que pensar en labrarle sepulcros en tierra sagrada.

Las tracerías que sustentan la pequeña bóveda de esta soberbia capilla, son también una lección plástica de las maravillas logradas por el genio de los maestros que hicieron famoso el estilo ojival.

No entraremos en pormenores, reservados a libros y folletos de los cronistas mencionados anteriormente, y con nuestras fotos a la vista conservaremos el recuerdo de esas piedras gloriosas cuyas particularidades podremos estudiar mejor en horas más reposadas. Sin embargo, observen ustedes que las insignias abaciales, con la mitra, infulas y báculo, campean como adorno preferente que resalta en la exuberante ornamentación de este singular panteón-oratorio.

—¿Y por qué esta capilla tan preciosa fué dedicada a San Victorián? ¿Es que estuvo aquí dicho Santo? —pregunta una de las alumnas.

—No. El homenaje que la dedicación implica débese a la circunstancia de haber sido el Abad don Juan Marqués, monje de San Victorián, antiquísimo cenobio de Sobrarbe, cerca de Ainsa, célebre por sus riquezas y el esplendor

que gozó en los siglos ix al xi. Incluso, hemos leído que allí fué proclamado Iñigo Arista rey de estos territorios (1).

* * *

Dirijámonos a la otra capilla: la de los Santos Voto y Félix.

Labrada en la peña en 1631, con fachada en el ángulo oeste, respondiendo al estilo neoclásico, ni sus líneas correctas y bien dibujadas, ni mucho menos el interior, con retablo pobrísimo, enmarcando una pintura dedicada a los primitivos ermitaños, Juan de Atarés, Voto y Félix, remontan en originalidad y mérito el nivel exigido por la suma de aportaciones que hacen de esta fábrica un notable monumento de arte. Lástima que en aquel momento del siglo xvii no supieran hacer algo mejor. En fin, ella es la "cenicienta" del Monasterio y si aquella de los cuentos infantiles aparecía al fin entre galas y oropeles, también ésta aparece instalada en un espacio atrayente, que poetiza esa fuente apacible que brota del fondo de la masa pétrea cuyo conglomerado cementa la arcilla de esta colosal hendidura.

* * *

El grupo se dispone a salir del claustro. El profesor pregunta.

—¿Observaron ustedes algo especial en esta puerta que comunica el claustro con la iglesia y que franqueamos por segunda vez?

—Que es muy antigua —dice una voz.

—¿Y nada más? —insiste el profesor.

—Que es mozárabe; anterior al románico que aquí impera —explica un estudioso.

—Qué lleva inscrito un distico con caracteres romanos muy curiosos y que debió pertenecer a la época de la iglesia visigótica que tenemos abajo, o sea, siglo ix —define otro estudioso en plan de emulación.

Muy bien, señores, prestan ustedes una atención plausible a cuanto contemplamos.

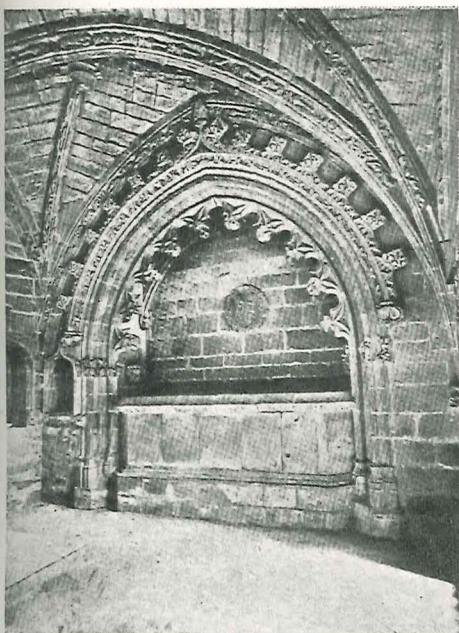
—¿Podríamos saber qué dice la leyenda? —pregunta una alumna.

—La traducción es muy conocida. "Por esta puerta

(1) Monasterio próximo al lugar donde se libró la batalla de Arahuést, triunfal para Iñigo Arista, a quién doce grandes *seniores*, con sus capitanes y gentes de armas, elevaron seguidamente a la realeza.



Fachada de la Capilla gótica de San Victorián. (Siglo XV).



INTERIORES DE LA CAPILLA DE SAN VICTORIÁN.
Muro lateral de la Epístola.



Nervaturas de la bóveda.



Un aspecto del llano o pradera de San Indalecio. (Meseta de Pano).

Camino o paseo de San Vicente.



llega cualquier fiel al Cielo si además de la fe guarda las leyes de Dios”.

—Esta puerta estar muy destruída —observa el cursillista inglés.

—Pero todavía causa admiración y resulta graciosa y fina con esas líneas que apuntan el arco de herradura que el arte musulmán hizo famoso —le responde otro alumno sobresaliente.

—Profesor, en este muro contiguo a la iglesia figuran multitud de inscripciones —observa un cursillista.

—Y de fácil comprensión. En latín nos recuerdan el óbito y sepultura de algunos obispos de Jaca, antes titulados de Aragón, y de abades mitrados que bajo estas losas hallaron la sepultura apetecida y dispuesta con arreglo a la dignidad que ostentaron.

Antes de franquear la puerta de salida alguien pregunta dónde están las celdas de los monjes.

—¿Dónde estuvieron? —diríamos. En esta parte del edificio que va de la entrada principal a la iglesia. Sustituidas hoy por unas habitaciones existentes en la parte contigua al patio de Nobles, y que no guardan vestigio alguno de aquellos tiempos. Cuatro paredes encaladas y nada más. Sólo esforzando nuestra imaginación podemos evocar aquellos aposentos donde se escribió la “Crónica General del Reyno”, tan estimada de Zurita, actas de santos, relatos de gestas y regias ordenaciones; en los que forja su cultura el niño Alfonso, más tarde el rey Batallador, habiendo por maestro al monje Galindo, ejemplo que sigue parte de la nobleza enviando sus hijos al cuidado de los religiosos doctos en humanidades. Las llamas de los incendios, los fenómenos climatológicos y la rapacidad de los hombres, han sido los verdugos que han segado la existencia de piedras que vivían al servicio de Dios, de la historia y del arte... Mas tampoco olvidemos que éste es... monumento nacional por R. O. de 13 de junio de 1889.

* * *

El grupo universitario pasa junto los sillares que restan del campanario y asciende en pos del llano de Pano o de San Indalecio, donde los cristianos defensores del poblado allí existente fueron exterminados, siendo su fortaleza devastada por el régulo moro enviado contra ellos en los comienzos de la Reconquista.

La subida es breve y distraída ante las múltiples facetas que el bosque ofrece.

Aun marchando reposadamente, pronto alcanzan la meseta.

—Qué hermoso espectáculo sería el paso de aquellos cortejos principescos por estas carreteras —dice una de las alumnas.

—Cuidado, señorita —advierte el profesor, dominando el tumulto de las risas que estallan—. Jamás debemos expresar ideas sin meditar un instante. Por éstas no pasaron aquellos cortejos, porque no existían. Fueron inauguradas el año 1931.

Además no eran las sendas del lado de Bernués las que comunicaban directamente con los centros más importantes de entonces. El camino real, por decirlo así, iba por Santa Cruz de la Serós, que, aunque penoso y con trechos difíciles, era muy corto. Por allí desfilaban aquellos cortejos, sin duda alguna, impresionantes, viendo sobre mulas y caballos, en literas y angarillas, iluminados por el sol o por la luz de las antorchas, reyes y príncipes, prelados y magnates, fornidos guerreros y pálidos juglares, damas poderosas y dueñas severas, lindos pajes y austeros sayales, místicos y penitentes, cortesanos y pecheros, todas las fuerzas vivas de un régimen que nace y se fortalece, de una religión que se extiende y se impone, de una sociedad que se forma y perfecciona, que venían y marchaban dejando en su permanencia un recuerdo, una enseñanza, una aspiración o un estímulo, para que a través de los siglos quedara en nosotros una amargura: la de contemplar solo, vacío, triste y roto, el joyel que contuvo tantas grandezas y tantas perfecciones.

* * *

Ha llegado la hora del almuerzo, y los pinos centenarios, “en cuyos dominios no entra el sol”, invitan a los excursionistas a reparar sus fuerzas bajo las ramas densas, con el almuerzo campestre, sano y abundante, que les prepararon en Jaca.

El apetito es grande y todos se acomodan a placer para hacer honor a las provisiones. El tiempo es espléndido y el sol brilla majestuoso.

—¿Y si lloviese, qué haríamos? —pregunta la alumna ingenua que habló de la carretera.

—Por Díos, señorita —responde el profesor fingiendo susto—, no invoque usted fenómenos que ahora nos perturbarían... Pero cuando eso ocurre todo visitante puede estacionarse y comer tranquilamente en la guardería, que con la cocina, cuenta con departamento independiente.

Además, la familia encargada de este recinto es muy servicial y atenta, y el acogimiento, en caso de mal tiempo, es garantía de permanencia al abrigo de la intemperie.

Terminado el yantar y tras un descanso que suaviza el céped, aromatizan los pinos y arrullan los trinos de las aves canoras, los escolares rodean a su maestro y trazan el plan terminal de la visita a San Juan de la Peña.

—Dos sitios reclaman nuestra atención, estupendos ambos desde el punto de vista paisajístico —afirma el profesor—: el mirador de San Vicente, denominado “balcón del Pirineo”, a nuestra derecha puesto que estamos frente a la fachada del Monasterio Alto, y el de Santa Teresa a nuestra izquierda, en posición suroeste. Vayamos al primero, merecedor de esta preferencia.

Marchando en dirección norte, por amplio camino abierto entre el bosque, profusamente guarnecido de acebos, cuyas hojas verdes a fuer de satinadas brillan intensamente, y remontando breve pendiente, los excursionistas llegan a una pequeña explanada cuyo frente cierra un barrandal cabe un abismo.

Inenarrable, imponente espectáculo el que ofrenda ese observatorio del Pirineo aragonés a 1.252 metros de altitud. Todas las cumbres, todos los picos más importantes de esa zona de la gran cordillera aparecen a nuestros ojos mostrando sus distintas alzadas, la configuración de sus perfiles, la originalidad de sus siluetas, en un alarde de grandiosidad y hermosura que dejan sorprendido y maravillado al turista.

Una “mesa de orientación” (1) en que fueron grabadas las líneas que señalan rectamente la posición de cada monte, con la indicación en metros de la altura que alcanzan, permite el exacto conocimiento de todos y cada uno de los que formados como en línea de batalla, surgen ante este verdadero “balcón del Pirineo”. Consultando el gráfico que nos brinda la superficie de la mesa, podemos localizar a partir de los montes de Navarra, la Peña Fórcala de Ansó (1.479 m.); la Ezcaurri (2.063 m.); Alano (2.389 m.); Aguerri en Hecho (2.443 m.); Bizcaurri-Aragüés (2.669 m.); las Gargantas de Aisa (2.639 m.); Lese-rín-Borao (2.568 m.); el gigante Pico Midi d'Ossau en tierra francesa (2.886 m.); la popular Collarada (2.880 me-

(1) Donada por el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón de Zaragoza e inaugurada el 25 de julio de 1926, siendo entonces la primera mesa de orientación existente en España.

Consta de tablero semicircular de grueso mármol, con basamento formado por un capitel estilo románico con su fuste correspondiente.

tros); cimas de Panticosa (2.755 m.), y Tendenera (2.859 metros); las Tres Sorores (3.351 m.) y, finalmente, la Maladeta en Benasque (3.404 m.) que cierra el horizonte visible.

Destimbrada por tanta magnificencia busca la mirada las zonas bajas de los primeros planos. Un saliente del monte priva a nuestra vista el pueblo de Santa Cruz de la Serós con su célebre iglesia románica, y salvando el valladar natural que forma aquella estribación, el antiguo camino de herradura que conduce a San Juan de la Peña, remonta en zig-zag la penosa cuesta, bordeando un precipicio que mucho debió espantar a las damas que acudían a los Monasterios.

Más allá, el río Aragón se desliza por medio del cauce excesivo que formaron sus avenidas, recibiendo cerca las aguas del Aragón Subordán y en la lejanía las del ansozano Veral.

Ruta histórica cuya extensión dominamos en gran trecho, por la que pasaban y repasaban los reyes navarros de las dinastías primeras que, a excepción de Ximeno Garcés en Leyre, Íñigo Arista en San Victorian y Sancho III en León, descansan en el Panteón del Monasterio Bajo; tierras que constituían el feudo de los Condes de Aragón, colaboradores de aquéllos, y que en Jaca tenían su asiento y corte.

* * *

Otra vez en la pradera central, el grupo se dirige al "mirador de Santa Teresa". La avenida, andador o paseo que allí conduce, también es gratísimo a la contemplación del visitante.

Nada explica con mayor elocuencia la importancia estratégica de la sierra de la Peña y la razón táctica del refugio, convertido en centro religioso-castrense, del Monasterio Bajo, que éstos miradores orientados a las grandes vías del norte de Aragón.

El de San Vicente atisba los pasos de la zona fronteriza con Francia desde Navarra a Cataluña; el de Santa Teresa, toda la extensión montuosa que forma la cuenca del Gállego hasta cerrar el espacio visible las sierras de Santo Domingo a la derecha, las de Loarre, Gratal, Guara y Sevil por la izquierda, dejando el portillo de Riglos para escape del río y paso a las llanadas de Huesca, precursoras de las de Zaragoza.

¡Con qué afanes de conquista debieron contemplar este panorama, agreste y oscuro, aquellos monarcas hasta San-



Iglesia románica de Santa Cruz de la Serós. (Siglo XI).



Iglesia de Santa Cruz de la Serós.
Puerta románica. (Siglo XI).

Pila bautismal formada con una
columna, cuyo basamento son
dos capiteles invertidos.
(Siglo XII).



cho el Mayor y Ramiro I, y cuánto, desde este mirador de Santa Teresa, debieron observar el curso de las veredas que conducían a las comarcas del trigo y de las grandes ciudades!... Nosotros no somos guerreros, pero sí enamorados de esta tierra, y nuestra contemplación se limitará a deleitar el espíritu y acrecentar nuestra cultura afanosa de mayores conocimientos. A este fin, anotemos un dato geográfico: este monte se halla situado en el 42° 30' de longitud norte y 3° de latitud este del meridiano de Madrid. Ocupa una meseta en la región más elevada de la llamada "sierra de Oroel y de la Peña" y es ramificación de primer orden de la Cordillera Pirenaica.

Con eso acaban mis disertaciones —dice el profesor—, pues aun siendo muy hermoso el perímetro que abarcamos y existir lugares plenos de interés, cuya visita nos llevaría a recorrer horas y horas los senderos que la floresta embellece, lo esencial está cumplido y, en todo momento, al evocar San Juan de la Peña lo haremos con la claridad y exacta apreciación que sólo permite el conocimiento objetivo de las cosas.

—¿Pero, de quién es este monte? —pregunta uno.

—Del Estado, que lo tiene declarado Sitio Nacional por R. O. de 30 de octubre de 1920, y confiado a los cuidados del Distrito Forestal de Huesca. La importancia y aspecto de la repoblación y de la conservación de las especies arbóreas nos dice la eminente labor que los ingenieros realizan. Aquí alzan sus formas ciento veinticinco mil árboles. Lástima que ese cuerpo técnico, tan inteligente y patriota, no sea más numeroso y cuente con mayores créditos para incrementar sus fecundas realizaciones.

—¿Y de los Monasterios, cuida alguien? —vuelve a preguntar el mismo de antes.

—Del Monasterio Bajo, el Estado, con sus comisarios o delegados del Patrimonio artístico, ya que se trata de un monumento nacional. Del Monasterio Alto, desde hace poco tiempo, un Patronato integrado por altas personalidades, que, aunque animadas de los mejores propósitos, plenas de fervor y en extremo competentes, todavía no pudieron desarrollar sus planes y hacer llegar su influencia bienhechora a estas ruinas que son su pesadumbre. Y en verdad que abrigan proyectos sensacionales. Que Dios y los poderosos les ayuden.

* * *

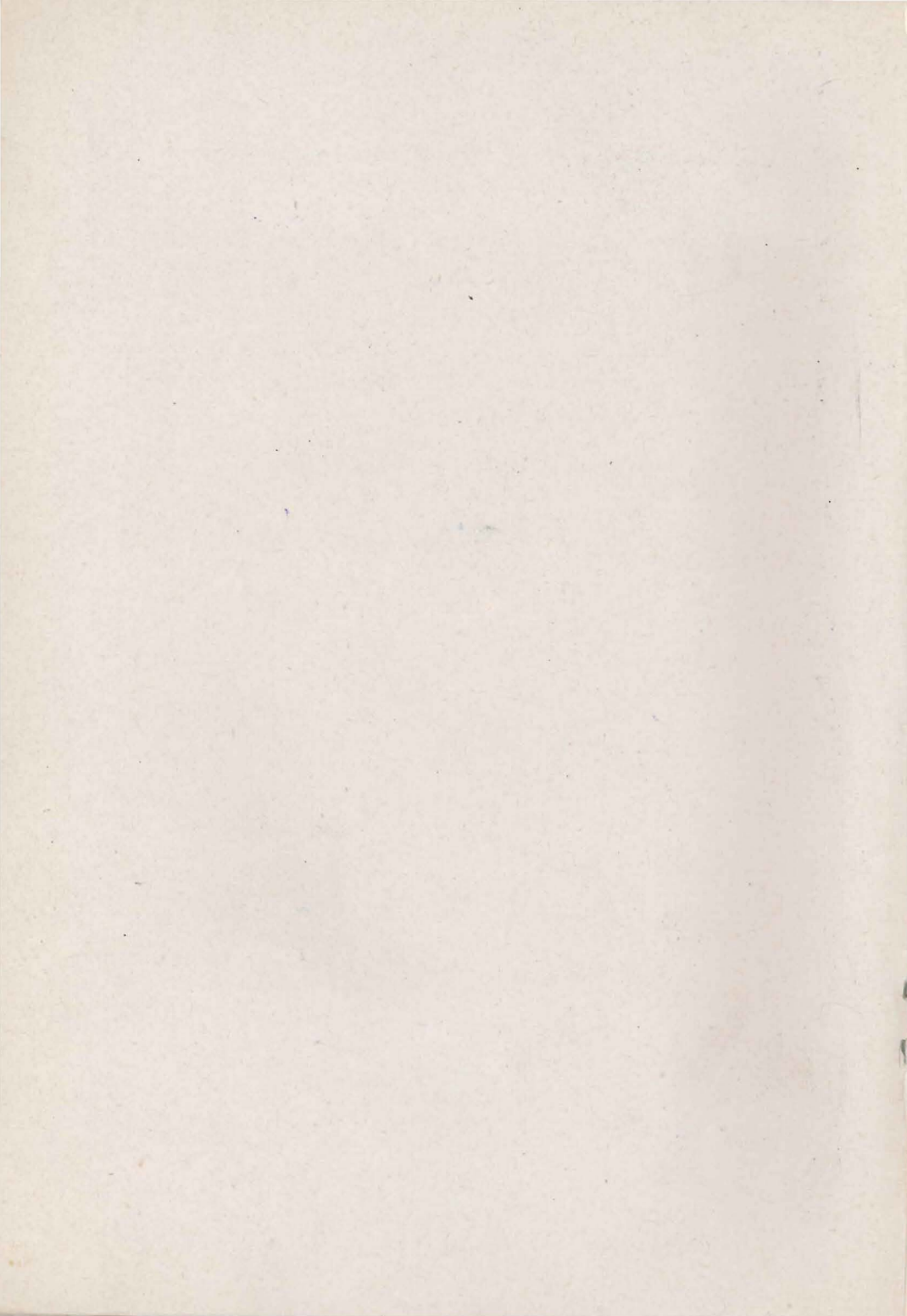
El grupo ha regresado lentamente y junto la casa del guarda el profesor les dice:

—Señores, nuestra visita a San Juan de la Peña ha terminado. Mucho pudiéramos hablar todavía del contenido histórico-artístico que guarda y de los recuerdos que permite. Pero entraríamos en los campos de la erudición y sería excesivo para una jornada como esta. Antes que universitarios estudiosos —modestia aparte— somos turistas y con ese carácter hemos cumplido nuestro cometido

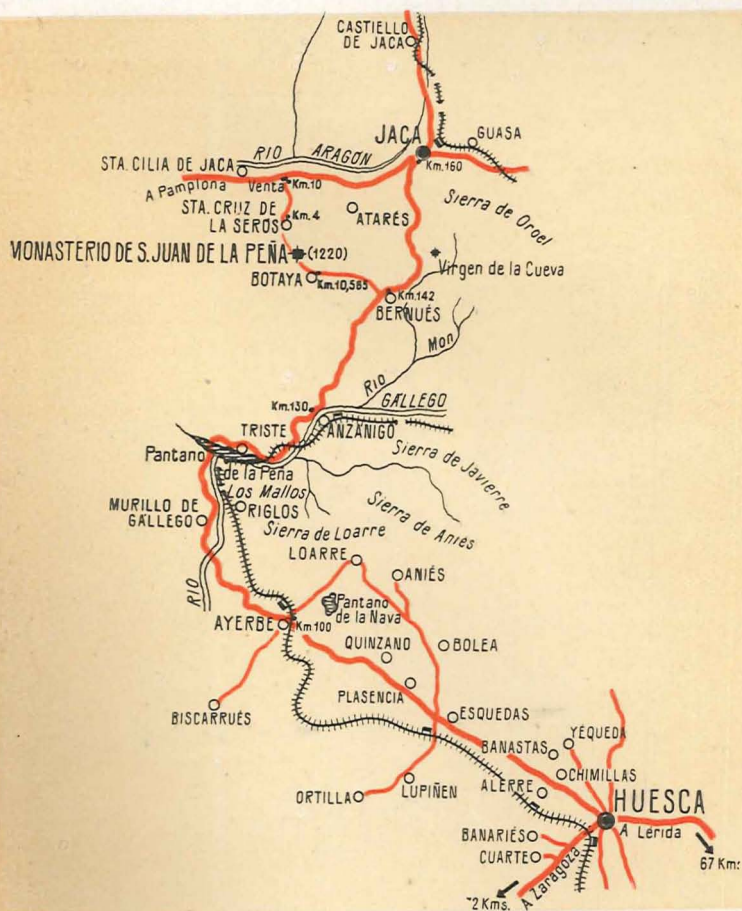
Vamos a dejar este recinto, y confieso que lo hago con cierto pesar. Creo observar que ustedes comparten conmigo igual sentimiento. En la curva de la vida que la Providencia reserva a los hombres y las instituciones, el Destino se mostró pródigo en títulos, honores y preeminencias con el Monasterio que abajo duerme bajo un dosel de piedras. Pero, como a todo lo terreno, sonó la hora de la decadencia que inició el alejamiento de los monarcas conquistadores a las tierras de promisión que, en torno al Ebro, les aguardaban; que acentuó la dinastía de los Berenguer con su natural predilección por Ripoll, Poblet y las rientes campiñas catalanas; que intensificó la del castellano Fernando de Antequera buscando en el Mediterráneo fama y riquezas, y que consumaron la vesania de masas incontroladas, la indiferencia de los poderosos y el desconocimiento de las clases selectas.

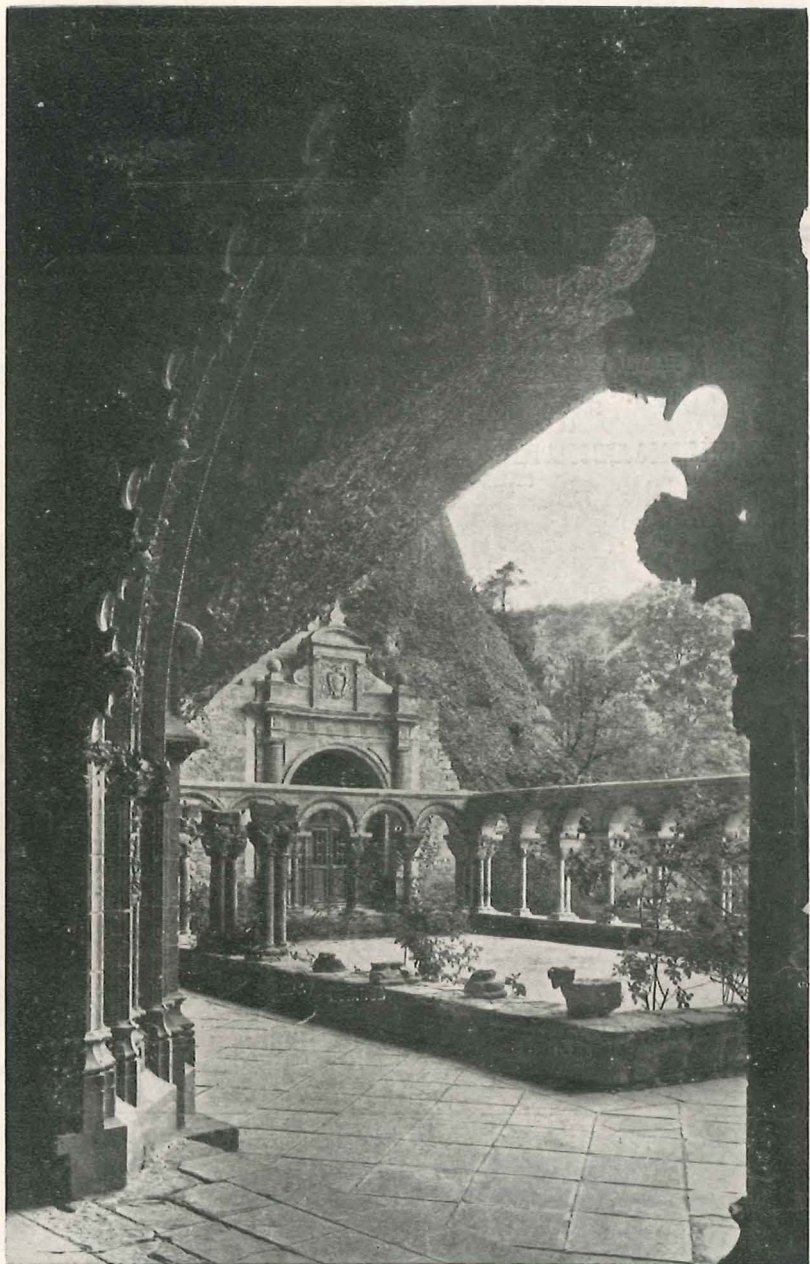
Sin embargo, marchemos con la certidumbre de que no se ha perdido todo, con la esperanza de que puede hacerse mucho y que la memoria imperecedera que la Historia garantiza a San Juan de la Peña se afirmará, con la existencia de estos monumentos reconstruidos, vitalizados y enriquecidos, para orgullo de nuestra región y mayor gloria de España...

Y ahora... regresemos a Jaca para otorgarnos un descanso y continuar nuestra excursión por las tierras que fueron el "alma mater" de la antigua Corona de Aragón.



CROQUIS DE LA EXCURSIÓN A SAN JUAN DE LA PEÑA





SAN JUAN DE LA PEÑA

Vista del claustro románico y capilla de San Voto, desde la de San Victorián.

EDICIONES
I. T. Y C. E., S. A.
ZARAGOZA